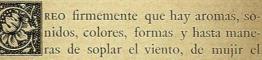


LUZ DE LUNA.

(Eduardo Pondal.)



mar y de besarse suavemente las frondas del arbolado, peculiares á cada país, y que los nacidos en él distinguirían de cualquier fenómeno natural análogo, por semejante que parezca á primera vista á los que no la tienen doble, como los escoceses, y como los artistas, gente capaz de observar y sentir intensamente hasta el roce de un hilo de telaraña.

Puede acontecer que de estos colores, aromas y sonidos propios de cada país, sea uno

sobre todo el que afecta y hiere los delicados sentidos del artista ó del poeta; y que así como hay pintores que en todos sus cuadros reproducen la luz de una misma hora, del ocaso por ejemplo, se destaque para el poeta, sobre el inmenso concierto de tonos, de emanaciones y de ruidos que se eleva de la naturaleza sensible cual himno armonioso, una impresión ante la cual palidecen las restantes, y que viene á ser la nota característica de su musa.

Eduardo Pondal, en quien pienso al escribir esto, no para aplicárselo rigurosamente, sino para encontrar analogías, se distingue, es una silueta aparte entre los poetas regionales de Galicia. Por cierto murmurio solemne y planidero à la vez, que resuena en sus versos, les cae divinamente el título á las dos colecciones que lleva publicadas, bilingüe la primera, toda gallega la segunda: Rumores de los pinos-Queixumes d'os pinos. Sí; las copas de los pinares de mi tierra se agitan con ese ruido especial, semejante al del Océano cuando se oye á distancia y en días tormentosos. Mas lo que de día es zumbido vago, no exento de sonoridad, lleno de eses suaves parecidas al balbucir de unos labios cariñosos que murmuran ternezas en voz baja, es, de noche, al brillar la luna, grave aunque contenido canto llano, que infunde cierto pavor religioso. Entonces predomina en él la larga ul la vocal del terror. Lo que al sol es rumor solamente, á la luna es queixume—quejido. ¿Quién no ha notado el efecto fantástico que produce de noche el ruido más vulgar? Y el de las copas de los pinares es de verdad temeroso, hecho de molde para exaltar la imaginación.

Pues bien; se me figura que, ese rumor, al cual se asocia en mis sentidos la impresión de fuertes aromas resinosos, Pondal lo ha oído siempre de noche: si por casualidad lo oyó de día, no le pasó del tímpano penetrando en el alma. De noche, á la fría luz del luminar que es fama adoraban los celtas, es cuando el poeta bergantiñán se deja arrullar por la romántica sinfonía del árbol triste, sinfonía tan bien expresada con la onomatopeya del verbo gallego bruar.

En estos libres scherzos sobre motivos galáicos, me río yo de los fueros científicos de la crítica y procuro ver y escribir con la fantasía sola. Usando de la licencia que yo misma me otorgo, ahora se me ocurre dividir las literaturas en solares y lunares, clasificación que, á falta de otro, tiene el mérito de la novedad. La escuela poética sevillana, por ejemplo, está llena de sol, mientras nuestra lírica regional siempre me parece bañada por la luz de la luna, luz incierta, pálida y penosa. ¿Será que el viejo numen inspirador de la poesía de los bardos, que la virgen inmortal invocada por el druida con el consabi-

do rito misterioso de la segur y del muérdago de encina, á la hora del plenilunio y en él bosque sagrado, sigue presidiendo á los destinos de este pedazo de tierra é influyendo en la mente nebulosa de sus hijos?

Lo indudable es que el frío rayo ha caído sobre la cabeza de Eduardo Pondal desde los días infantiles, anegando para siempre aquel cerebro en claridades fantásticas y argentinas que alternan con anchos trozos de sombra. Esto no es llamar lunático à Eduardo Pondal, ni menos suponer que su razón se ha ido de viaje en compañía de la de Astolfo; todos conocemos la apacible, simpática y excelente persona del autor de la poesía más celebrada que se ha escrito en lengua gallega, y sabemos que la vida sencilla, un tanto retraída y metida en la concha, de Pondal, se debe à condiciones de carácter propias de la raza, que no pueden menoscabar ni la consideración que merece el hombre, ni el agrado de su trato, que es de los más dulces, apenas se rompe el hielo de su natural esquivez. Solo quiero significar, con esto de la luna que traigo al retortero, la forma predilecta que toman las cosas en una muy poética fantasía—de las más poéticas que produjo mi país, y también de las más marcadas con el sello regional.

¿Quién ignora que la luna es el astro favorito de los amigos de recordaciones y ensueños, de los que anhelan vivir en lo pasado porque lo presente no satisface su necesidad de idealismo? ¿Y á quién no le consta que á la luna los objetos mudan de aspecto y se prestan á representar todo cuanto se nos antoja, y un molino desmantelado parece castillo ruinoso, y los arbustos centinelas? Una noche de verano, en la Granja de Meirás, hallándose las ventanas abiertas de par en par y reunida tertulia numerosa, alguien dijo que frente á la casa estaba una mujer, ó más propiamente un fantasma, vestido de blanco y con los brazos extendidos. Todo el mundo corrió á ver el asombro. Era, en efecto, la verdadera figura de una mujer alta, con túnica flotante, que nos tendía los brazos y que de cuando en cuando columpiaba la cabeza y el cabello undoso; esta aparición singular se proyectaba sobre el oscuro fondo de un macizo de limoneros. La gente se quedó quieta y agrupada: nadie bajó las escaleras para ponerse al habla con la fantasma dichosa. ¿Por miedo real? No, puesto que desde el primer instante se comprendió la causa del fenómeno: una enredadera sumamente tupida y frondosa, que trepaba por el limonero, y cuyo follaje claro, al resplandor de la luna, se perfilaba imitando el realce y las líneas indecisas de un cuerpo. No obstante, seguros completamente de lo que había bajo aquella caprichosa apariencia, permanecíamos inmóviles, saboreando el vago

placer del temor sin objeto, del temor indefinible; percibiendo con deleite el latido de la imaginación y lamentando casi el forzoso escepticismo que no nos permitía gozar por entero la compañía de la dama blanca.—Yo al menos discurria así, y como en otras mil ocasiones, renegaba de esta picara dualidad mía, de esta complexidad de mi ser que, permitiéndome sentir el valor inestimable de la ilusión poética, me obliga al mismo tiempo à analizarla y por consiguiente à destruirla.-Con el incidente del fantasma fingido por la enredadera, intento yo explicar el celticismo prehistórico, el osianismo y las reminiscencias ancestrales, en que consiste la originalidad de Eduardo Pondal. Son el sueño de una noche de luna; objetos que toman raro aspecto en la fantasia siempre juvenil del poeta.

Tales representaciones piden, á no dudarlo, un fundamento, una base aunque sea remota y como perdida entre las brumas de lejanísimos tiempos: reclaman algo que imprima á la imaginación velocidad inicial. El autor de *A campana d' Anllons* no hubiera oído entre el rumor de los pinos, acordes del arpa de los bardos, si no naciese en Bergantiños, tierra de los brigantes, el punto de Galicia donde se conserva más viva la memoria y más visible la huella de nuestros orígenes célticos, ó por lo menos, pues no es aquí lugar oportuno para meterse en hondu-

ras etnológicas, de la dominación decisiva ejercida por los celtas invasores sobre una raza autóctona, cuyos rezagos he creido descubrir á menudo en ciertos tipos montañeses de pómulos abultados y cráneo muy ancho hacia la sien, Así, por derecho de nacimiento, Eduardo Pondal, con su gabán y su hongo, ha venido á ser el bardo-no hay que reirse, pues las almas de los que fueron parece como que se cuelan á veces, por caprichosa metempsicosis, en el cuerpo de los que son.-Eduardo Pondal hoy es acaso el único hombre en España que con algún derecho puede usar este título de bardo, que á lo mejor se dan à si propios, con mucha formalidad, los copleros de seguidilla ó los rimadores de odas pindáricas y sonetos argensolianos. Sólo á Pondal le es lícito decir:

> Pasajeros rumores de los pinos que arrullásteis los días de mi infancia y encantásteis un tiempo mis oídos, sobre la oscura tierra de Brigandsia pasásteis, mas *el bardo* transeunte aun recuerda el rumor de vuestras alas. (1)

Y sienta bien en su boca la invocación al valle natal.

«Verde valle de Rouriz, en tierra de Bergantiños; oh valle caro á los celtas, el de los pinos altos y verdes; cuando se despida de este mundo

⁽i) Dedicatoria: (Rumores de los pinos.)

tu bardo Gundar, concédele sepulcro, oh valle amigo, conforme á la usanza céltica, en tu seno silencioso: sepulcro solo de tí conocido..... Recibe en tu soledad á este errante bardo, oh valle de las vagas brumas y de los pinos rumorosos (1.)»

Esta poesía se escribe en un siglo de intereses positivos y de ciencia experimental, (siglo que le parece harto prosaico à nuestro bardo, enamorado del tiempo que fué, à pesar de ciertas fiebres políticas juveniles que padeció un tiempo y que deberian llamarse la escarlatina del alma;) pero suena—cómo dudarlo?—á canción vieja: el mismo poeta, con sentido crítico envuelto en formas estéticas, nos lo dice, en la respuesta del valle caro à los celtas, el valle de Rouriz: «Ciertamente que no me son desconocidos tus vagos y dulces cantos; acaso los habré oído muchas veces; mas no puedo recordar si ahora ó si en tiempos antiguos..... Grande y noble cosa son los bardos, y durante su paso por la tierra no suelen comprenderlos los hijos de los hombres..... Solo tú, agreste soledad, eres asilo digno del bardo.»

Bien se advierte en estas breves citas que el espíritu del poeta *bergantiñán* está vuelto cara al Oeste. El vivir de Pondal, adherido al rincón nativo con adhesión tenáz y muda, es verdade-

Sentarse al borde del mar espumoso, y contemplar los negros escollos o el viejo cabo, «que tal vez sueña con lo infinito;» escuchar los cantares del hada Rouriz, que como la Loreley de la balada alemana, peina sus largos cabellos con peine de oro; seguir la orilla del Langüelle, el triste rio montañés, sin flores en las orillas, el rio hijo de las nieblas y las uces, el «rio de esquivo carácter y mirada recelosa, montañés legitimo, que escapa como el lobo por no ver gente;» oir por milésima vez el fungar de los pinos, semejantes á celtas colocados en orden de batalla; recordar que allí yacen, alumbrados por la luz de la luna, dormidos en sus tumbas olvidadas, los antepasados prehistóricos; todo esto es poesía, cerrada, nublada, grís, acuosa tal vez como nuestro celaje, poco humana en su arqueológico lirismo, pero sincera y sentida en Pondal—una de las personas menos afectadas que conozco, uno de los pocos hombres que son de una pieza con sus versos, y cuyo carácter á la vez cariñoso y bravo se copia mejor en la extraña cadencia de sus rimas.

ramente vida de hombre que, descontento de la edad en que le tocó nacer, se aisla en la interior y maravillosa libertad de la fantasía, trasladándose á los siglos para siempre desvanecidos y borrados. ¡Dulce género de desvarío! ¡Cuán propio de la ensoñadora condición del poeta!

⁽¹⁾ Gundar, fillo d' Ouco (Rumores de los pinos.)

Que todo este celticismo y bardismo, por muy artificioso y romántico que sea, es la dirección estética natural en el autor de la Campana, lo prueba volviendo después de seis años á arrancar del instrumento gemidor los mismos arpegios, en las poesías nuevas que, con las reimpresas de Rumores, forman el tomo de Queixumes. Imitar á un poeta extranjero, porque nos agrada ó admira, puede hacerse una vez; pero si no concuerdan en misteriosa afinidad nuestra alma y la suya, no se realiza dos seguidas con intervalo de seis años. Prefiero creer, y así lo manda la critica actual, á cada paso más comprensiva y más dada á sorprender relaciones y conexiones espirituales, en el parentesco del alma de los viejos bardos gaélicos con la de Eduardo Pondal, nacido en la época presente por malos quereres de la fortuna.

No mucho más de dos siglos antes de la venida de Jesucristo, nuestros progenitores célticos emigraron de Galicia á Irlanda, donde les esperaba ruda guerra con los kimris. Allí germinó y floreció la literatura gaélica, y brotaron las epopeyas de los grandes bardos, Oisín el ciego á quien llamamos *Osián*, su padre Fión el de los rubios cabellos que conocemos por *Fingal*, Fergus el elocuente, Cailte el de los ágiles pies; falange heróica, que al lucir el sol del cristianismo se convierte en humilde legión de mendigos y

cantores ambulantes, y va de puerta en puerta y de festín en festín entonando viejas baladas para ganarse el sustento, hasta extinguirse en el olvido. Cuenta una tradición piadosa que San Patricio, el Apóstol de Irlanda, consoló con amorosa lástima á los últimos bardos, y éstos, en premio de sus bondades, le dijeron los nombres de toda montaña, selva, llano, río, y el origen y significación de tales nombres—noticias de ellos solamente conocidas.—¡Cuántas veces recuerdo esta interesante leyenda, al notar el profundo sentido que atribuye Eduardo Pondal á los nombres de los lugares puramente célticos, y lo mucho que excitan su imaginación esos sonidos arcaicos!

Olvidados ya los bardos y sus cantares, vino á resucitarlos, imponiéndolos á la admiración de la edad moderna, el escocés Macpherson. ¿Quién no conoce la historia del célebre taumaturgo que hizo levantarse del sepulcro á la doncella muerta? ¿Quién no sabe algo de las acaloradas discusiones que suscitó entre los críticos y eruditos ingleses la publicación de las viejas poesías gaélicas, sobre todo de los poemas de Osián? La cuestión está bastante anticuada; Osián y los bardos fenianos, en el día, yacen más arrinconados que en tiempo de San Patricio, por mucho quelo estuviesen entonces; y en la reñida pelea entre los defensores y los impugnadores de la autenticidad de los poemas osiánicos, ha quedado mal

84

parada la buena fe del hábil forjador, y demostradisimo su agudo instinto de reconstrucción del pasado: porque Macpherson no fué un falsificador vulgar, sino un hombre de genio, que benefició, aunque mezclándole tantos elementos extraños, el tesoro de una literatura rica y perdida, y trajo al arte un elemento con legítimo derecho à la existencia, puesto que había sido expresión artística de varias razas congéneres. Mas lo que hace aquí al caso, es que la obra de Macpherson marcó huella indeleble en Pondal, y que en aquellas ficciones grandiosas, donde se mezclan fragmentos de verdaderos poemas bárdicos con la labor de imitación del poeta moderno y reflexivo, hábil en asimilarse el espíritu de la edad pasada, encontró su camino el bergantiñán quien sigue prefiriendo esas viejas reminiscencias gaélicas á los clásicos latinos é italianos que conoce y maneja familiarmente: (Pondal es el más instruído de los poetas gallegos.) Y de aquí resulta su originalidad. ¿Quién sigue á Osián en el día? Para eso es preciso haberse equivocado de siglo al nacer, como el soñador de tierra de Jallas.

Una observación curiosa me entretuve en hacer, repasando las poesías de Pondal, y es que en ellas no hay más rastros de cristianismo que si en realidad el autor fuese nacido y criado en el culto panteista de los bardos, adorando al árbol y á la luna. Y esto comunica á sus poesías sabor raro, porque no es común que los poetas, ni aun los más blasfemadores, los impios adrede, como el francés Juan Richepin, dejen de manifestar involuntariamente, en esta ó aquella forma de lenguaje o de pensamiento, que al fin pertenecen à una sociedad cristiana; mientras Pondal, según se revela en sus poesías, pudo muy bien haber vivido en tierra feniana, antes de la conversión de la gente gaélica á la ley de Cristo, en los dos ó tres primeros siglos de nuestra era. Tan impregnado está de naturalismo primitivo su espíritu, que las vírgenes que pone en escena no cuentan el tiempo por años ni por meses, sino por sementeras, y una adolescente es para él una niña «que tal vez no conoce aún la primera lunación.» Sus númenes son la hada Rouriz, los guerreros y bardos muertos, pero sobre todo el mar gemidor, la desierta gándara, y los robles y pinos, cuyo sonido representa para el un himno al Dios misterioso y vago del celta. À ese Dios lo invoca una vez sola, á fin de pedirle la felicidad del paraíso búdico, la aniquilación de la conciencia y fusión en el seno de las fuerzas elementales:-«Oh tú, ser radiante, inmortal, fuerte y oculto, que diste música á los pinos y colores á la aurora, conviérteme por piedad en cosa insensible.... Barreme del alma este audaz soñar: llévame en las ardientes alas del

huracán, como una arista; como apagado lucero que cruza el espacio.....»

Y si no se encuentra en los versos de Pondal concepción religiosa que desdiga del bardo, tampoco se nota en ellos burla, ataque ni asomo de esa incredulidad irónica tan común en el labriego y tan hábilmente sorprendida por algunos poetas regionales, como Valentín Lamas Carvajal y Benito Losada. Ni por las mientes le cruza eso á Gundar. Para él el cristianismo no existe: ni la menor alusión, ni la más leve sonrisa de mofa ó de odio: él es el bardo; pasó su hora; Cristo vino y venció; borróse el esplendor de los antiguos tiempos: no sabe más. ¿Un bardo racionalista? ¿Un bardo volteriano? Cosa que no se ha visto ni verá nunca.

Otra nota característica, que revela que en Pondal no ha penetrado todavía el espíritu de la sociedad cristiana, es su manera de comprender y expresar la pasión amorosa. En ese terreno he visto pocos poetas tan primitivos. No porque se le deslice la pluma á pinturas licenciosas y á imágenes incitativas: al contrario. La queja amorosa en Pondal es corta, ronca y salvaje, á manera de graznido de *pillara* que cuelga el nido de su amor en los negros escollos de la costa brava: es el instinto del hombre no educado aún por diecinueve siglos de Evangelio, que se despereza de amor como de hambre, y se apodera de

la felicidad cual de una presa la alimaña montés. Así debían de requebrar los bardos guerreros: ó por mejor decir, así debían de entender la unión sexual: la mujer maniatada, forzada, llevada á sus cónicas chozas como botín de guerra. ¿Vale decir verdad? Admitido que un hombre que vive y se pasea por las calles el año de gracia de 1888 lleve en si moléculas del alma de los celtas fenianos, yo encuentro más lógico su modo de entender el amor que todas aquellas languideces y soponcios de la Malvina romántica. No conozco los viejos cantos gaélicos sino de nombre, y me parece suficiente erudición, por ahora, saber que hay entre ellos un poema llamado El robo de los rebaños de Chuailño, el cual se encuentra en un libro titulado El libro de la vaca parda, escrito ó mejor dicho recogido por un monje hacia fines del siglo onceno; pero sospecho que, comparando el texto de esas vejeces con las semi-ficciones de Macpherson, acaso encontrariamos el antiguo sentimiento gaélico más conforme con el expresado por Pondal.

«Tiene su punto de ser cogida la fresca rosa»—dice el poeta bergantiñán:—«cuando aun asoma tímida la cabeza entre el follaje verde..... Cuando apenas muestra sus hojas, está diciendo: ¡ahora, ahora mismo!» La procedencia de la comparación bien la veo: pertenece al Tasso: pero el cisne sorrentino dice:—«cortemos la ro-

sa ahora que puede ser pagado, ser recíproco el amor:»—y esto último no preocupa mucho á Gundar, en cuyos arrullos va envuelta siempre la idea de fuerza, de violencia.-«¡Oh, quién pudiera cogerte sola, en el amigo seno de oscura gruta! ¡Y como trepadora yedra que se enrosca y ciñe en torno de blanco pilar, darte mil tiernas vueltas con los brazos, decirte mil tiernas cosas al oído, y encontrar en breve tiempo el término de la esquiva senda!» «Hada de dulces ojos.... ¡lléveme el diablo si ahora vuelves à escurrirteme de las manos como una anguila...! Cansado estoy de escuchar tus embustes; en tí he de curar à viva fuerza las soledades de aquel mal que dejas en el alma cuando pasas à mi lado: he de hartarme de tí, por mi madre te lo juro, como oso hambriento que encuentra dulce panal de miel.»

De buena gana citaría, como muestra de este naturalismo amoroso, poético, pagano y brutal á la vez, la composición que ocupa las páginas 85, 86 y 87 de *Queixumes*, y que en mi entender es una perla; pero no me determino á cortar de ella fragmentos, por no desmembrarla: vayan algunas citas breves—las últimas ya—de otras poesías, donde el mismo sentimiento que no vacilo en llamar *prehistórico*, se expresa aún con mayor energía.

«Dulcemente suenan los pinos: en esta grata

soledad el corazón se oprime.....¡Niña, no tiembles, no temas, que no se trata de matarte!» «La cogí sola entre los pinos; púsose blanca de miedo; quiso huir, pero no pudo.....¡Ya conoce ella mis mañas! Me imploró de rodillas; de rodillas imploróme: tembló como la vara verde, cuando la sacude la virazón..... Y como si temiese ser oída, me dijo:—¡Te lo pido por Dios!—¡Estás fresca!—le contesté:—¡vente con oraciones á mí! El zorro no suelta jamás la gallina robada: el abejorro no suelta á la flor hasta chuparle toda la miel; ni el azor montesino suelta á la blanca y dulce paloma.» «¡Basta ya de rezar: no te librarán de mí ni Dios ni el diablo!»

Todavía hay otra cuerda en la poesía de Pondal—una cuerda que él dice ser de hierro y afirma llevar dentro del alma, y á mí se me figura que no está sino en aquel rincón de la mente donde damos acogida á las ideas que nos creemos en el compromiso de tener.—Pasemos como sobre ascuas, y dejemos al característico poeta de los pinos, de las uces, del robledal antiguo y de la esquiva gandra hablar, si se empeña, de parias, de ilotas, evocar la sombra de Espartaco y fantasear siervos sujetos á la gleba, aquí donde los propietarios lo estamos á la muy prosáica, pero muy feroz contribución territorial que nos tiene destuetanados y más vacíos que globo sin gas..... y alejémonos pronto

de estas nimiedades de la vida práctica para volver con el bardo á las espesuras del pinar de *Tella*, plateadas por la luña.

¿Hay en Galicia quien no haya oído sonar A campana d' Anllons. Esta hermosísima poesía es la piedra angular donde la reputación de Pondal descansa. El público conoce poco ó nada el celticismo de Pondal: sabe, eso sí, que es un buen poeta, de fondo y de forma, pero á no ser por la Campana, nunca hubiera Pondal obtenido el aura de popularidad que disfruta. La mayoría de los lectores no pueden gustar del original sabor de esos poemas de áspero tono y primorosa factura, resurrección de los antepasados: para que les tomasen el gusto, necesitaria Pondal fundar en las cuatro capitales gallegas una cátedra donde se explicase lengua, mitología y literatura gaélica..... y aun así.....

Pregunté à Pondal cierto día en qué condiciones había compuesto su *Campana*. Me dijo que, estando *algo enamorado* y siendo *muy muchacho*, se había detenido en un pinar de su parroquia à oir el toque del *Angelus*, al caer la tarde; y puesto à pensar en cosas tristes, de ahí nació la inspiración de su obra maestra. Después recordé muchas veces esta explicación sencilla, para entender por qué *La Campana* es más simpática, más sentida y más inteligible para todo el mundo que los otros versos (no inferiores algunos,

y acaso muy superiores en originalidad todos,) del buen bardo Gundar. Con el sonido de la *Campana*, que recuerda al infeliz prisionero la patria, el amor, la madre, se derrama en la atmósfera esa onda de melancolía y piedad que nos trajo el cristianismo.

